

# HOY, CENTENARIO DE UN GRAN COMPOSITOR Y DIRECTOR MADRILEÑO

## Ricardo Villa, fundador de la Banda Municipal de Madrid

**A**L llegar la primavera hasta nuestra ciudad, las mañanas del Retiro se alegran cada domingo con las notas musicales de los conciertos de la Banda Municipal. Más tarde, en las noches cálidas del estío, el pueblo madrileño se congrega alegre en torno al templete de la música y se dispone a gozar de un par de horas de solaz y recreo espiritual junto a los profesores de esta Banda, a los que admira y considera como algo suyo, muy íntimo y muy querido.

En el caminar caprichoso del pensamiento soñador, por sobre las fechas invisibles del recuerdo que, al desgranarse, van formando la historia de nuestra Banda Municipal, llegamos a la feliz convicción de lo profundamente arraigada que desde su origen se halla la Corporación musical en el pueblo de la capital, sus directores y sus conciertos. ¡Cómo captó desde su fundación el hombre madrileño de la calle, del taller, de la fábrica u oficina, todo el amor que el Ayuntamiento había puesto en esta obra de su corazón! ¡Cómo supo también descubrir y más tarde agradecer los desvelos de su Municipio, el noble anhelo de elevarle y de cultivarle su espíritu!

La presentación oficial de la que, con el paso del tiempo, habían de denominar los madrileños «La Banda del maestro Villa», como homenaje de cariño y admiración a su insigne director y fundador, fue efectuada el día 2 de junio de 1909 en el teatro Español, a las nueve y media de la noche.

Han transcurrido sesenta y dos años desde que el maestro Villa subiera por vez primera al «podium» del organismo artístico municipal, y con la batuta y brazos en alto iniciara la vida musical de la Banda. También durante el presente año, el día 23 del mes en curso, se cumple el centenario del nacimiento en Madrid del ilustre compositor y director Ricardo Villa, primer fundador de la Banda Municipal matritense, honra y orgullo de la capital y que tanto ha contribuido a la educación musical de los madrileños.

El maestro Ricardo Villa ha sido uno de los contados madrileños que en su patria no sólo logró ser profeta, sino famoso; fue algo arraigadísimo en el alma popular. De cuanto se ha elevado musicalmente el pueblo de Madrid, de todo lo que espiritualmente pueda llegar a ser, cuánto se debe a este madrileño ilustre que, aun en medio de tanto timbre de gloria por él conquistado, sostuvo durante toda su vida una ejemplar sencillez. Sus dos grandes amores fueron siempre Madrid y su Banda Municipal.

Ricardo Villa nació en Madrid el día 23 de octubre de 1871, y desde muy niño se manifiesta en él una gran vocación para el estudio de la música. Huérfano de padre a los nueve años, consigue matricularse gratuitamente en el Real Conservatorio, en cuyo primer centro de cultura musical obtiene, a los once años, el primer premio de solfeo; a los diecisiete, el de armonía; a los veinte, el de violín, y a los veinticinco, los de composición y piano.

Sus rápidos y continuos éxitos como maestro director y concertador le abren las puertas del teatro Real el año 1905, donde fue el director favorito de los insignes cantantes Rossina Storchio, Gagliar-

di, Anselmi y Tita Ruffo. A sus excepcionales dotes de director unió el buen músico madrileño las de compositor inspiradísimo. Su primera partitura musical fue una misa en fa a cuatro voces y gran orquesta, estrenada en la iglesia de Monserrat, en 1896. Tres años después, en 1899, obtiene el premio de la Sociedad de Conciertos con la «suite» en cuatro tiempos «Cantos asturianos», consiguiendo en 1900 un clamoroso éxito en el teatro Real con el poema sinfónico «La visión de fray Martín», y en 1902 estrena su gran «Marcha solemne» y la ópera en tres actos, libro de Joaquín Dicenta, «Raimundo Lulio». Este mismo año escribe el «Himno a Sarasate», para voces y orquesta; «Cuarteto para instrumentos de arco», «Oración al Cristo de la Buena Muerte» y «Escenas montañesas». Siguen después su exquisita «Rapsodia asturiana», para violín y orquesta (1905), «Impresión sinfónica» (1906) y «Fantasía española», para piano y orquesta (1908).

Su producción musical comienza a disminuir al ser nombrado director del Regio Coliseo de la plaza de Oriente, y más adelante al confiársele la creación y dirección de la Banda Municipal. Pero, no obstante, entre los años 1915 a 1919, Villa produce sus más importantes obras líricas, entre ellas esa canción, ese gracioso piropo, ese amor puesto en «solfa» dedicado a Madrid, que es su popular canción para coros y banda, «Madrid, canción de la Maja».

Pero su labor gigante, su mayor timbre de gloria, reside en la formación y dirección de la Banda Municipal, creación suya, que ha llevado, desde su fundación hasta la fecha, en triunfal peregrinación artística a todos los rincones de Madrid y de España entera, no sólo el bullicio y el ritmo alegre de los castizos pasodobles y las briosas jotás, sino también las inmortales páginas de Beethoven, Ravel, Strawinsky...

El día 10 de abril de 1935 falleció en Madrid este insigne músico madrileño. La Banda Municipal, que en su ya larga vida artística ha grabado en su historia fechas y fechas con letras de oro pregoneras de sus triunfos, ha fijado, con letras de luto, esta del 10 de abril de 1935 en el más íntimo rincón de su alma, en el fondo de su corazón.

Han pasado los años, seguirán pasando en su marcha implacable, pero su obra cultural sigue y seguirá en pie cumpliendo el fin artístico y cultural para la que fue

creada. Los actuales directores y profesores de la Corporación musical madrileña siguen recordando con respeto y admiración al insigne maestro que con tanto acierto supo situar en plano artístico tan elevado a la Banda Municipal. Y le recuerda también Madrid, su «patria chica», el pueblo de sus amores, desde las clases más elevadas a la mocitas chulapas de Lavapiés y la Arganzuela... Todo ese pueblo que lloró la desaparición de su educador espiritual, madrileño de alma y castizo por convicción, que supo llevar la paz y el goce a los pechos madrileños, calmando sus inquietudes de todos los días con el bálsamo más puro, más humano y más divino: la música.

En el desaparecido Callejón de Bringas, hoy transformado en amplia plaza, y en el muro lateral de la casa donde vivió y murió el maestro Villa, existe una lápida como recuerdo y homenaje del Ayuntamiento a su hijo predilecto e inolvidable. Y con estos mismos fines y los de immortalizar su relevante categoría artística y social, y también su ejemplar obra, el Consejo mu-



nicipal graba su nombre en una calle situada a cincuenta metros de la casa donde el popular artista madrileño residió durante tantos años. Calle pequeña y castiza que tiene su entrada por la de Cuchilleros y termina fundiéndose amplia y luminosa con la recoleta plaza del Conde de Barajas.

También como premio a su ingente labor cultural y alta personalidad dentro del bello arte, le fueron concedidas en vida diversas condecoraciones nacionales y extranjeras. Pero el maestro Villa estimó siempre, sobre todas las honrosas condecoraciones que llegó a poseer, la medalla de oro de Madrid, que está permanentemente colocada en sitio de honor en su despacho, junto a aquellos cortos pero simpáticos y expresivos versos que un día le dedicara el gran poeta festivo y entrañable amigo Juan Pérez Zúñiga:

*¡No hay Villa con mejor Banda  
Ni Banda con mejor Villa!*

Mariano SANZ DE PEDRE